

sus regalos el obispo, despues de lo cual él y su comitiva entraron con confianza en Pomerania.

Dirigiéronse por el pronto á Pirits, encontrando en el camino algunas aldeas arruinadas por la guerra, donde bautizaron treinta personas que fueron las felices primicias de esta cosecha apostólica. Advirtieron en las cercanías de la ciudad un tropel de cerca de cuatro mil hombres que se habian reunido de toda la provincia, y celebraban una fiesta idolátrica con regocijos tumultuosos: temieron esponerse durante la noche que estaba próxima á una multitud exaltada por la licencia, el entusiasmo y la superstición. Mas al dia siguiente diputaron personas á los principales de la ciudad para anunciarles la llegada del obispo, á quien los duques de Polonia y de Pomerania les mandaban escuchar con respeto, añadiendo que era un hombre de gran distincion, de riquezas considerables en su tierra, y que lejos de exigirles nada venia á colmarlos de bienes; que se acordasen de los horrores de la guerra apenas concluida, y de las promesas que habian hecho para obtener la paz, y que temiesen provocar de nuevo las venganzas del Ser Supremo: que todo el mundo era cristiano, y que ellos no podian resistir solos á todas las naciones.

Los principales de los paganos, despues de algunos artificios empleados sin fruto para ganar tiempo, contestaron que reconocian el ningun poder de sus dioses, y que no querian resistir mas al Dios Supremo que rompía todas sus medidas. Al punto comunicaron su resolucion al pueblo que permanecia aun reunido, y todos á una voz clamaron que desde luego llegase el obispo para poderle ver y oír antes de separarse. Llegó Oton con toda su comitiva, y acampó en una gran plaza á la entrada de la ciudad. Corrian los bárbaros en tropel, y abanzados por todas partes hácia aquellos es-

traordinarios huéspedes, tenían fija sin cesar la vista en ellos, observando con una estremada curiosidad sus menores acciones.

Presentóse el obispo revestido con sus hábitos pontificales en un lugar elevado, y por medio de un intérprete les habló así: «Benditos seais de Dios Todopoderoso, en honor del cual nos recibís: os manifestais no menos movidos que convencidos de la causa que nos ha hecho venir desde tan lejos: solo vuestra salvacion, solo vuestra felicidad eterna es lo que pretendemos: si, sereis felices para siempre si quereis adorar y servir á vuestro Criador con la fidelidad que se merece.» Oído esto, levantóse una gritería general de aplauso y de sumision. Empleó Oton siete dias en instruirlos cuidadosamente con sus sacerdotes y clérigos, y les hizo ayunar otros tres dias; despues les administró el bautismo con una decencia y circunspeccion que los autores del tiempo juzgaron que debian trasmitirnosla como un monumento respetable del pudor de aquellas naciones septentrionales.

Sin embargo, la gentilica supersticion habia introducido entre ellos como entre los antiguos paganos, la pluralidad de mugeres y el uso desnaturalizado de ahogar sus hijas en la cuna cuando creian que era demasiado el número que tenían de ellas. Así en las tres semanas que Oton y sus discipulos permanecieron entre aquellos neófitos, les inspiraron horror á tales prácticas contrarias á la naturaleza; esplicáronles la doctrina de los siete sacramentos; les instruyeron acerca de la observancia de las fiestas y de los ayunos, y les recomendaron oír misa con frecuencia y comulgar por lo menos tres ó cuatro veces al año. Prohibiéronles tambien comer sangre y animales sofocados. A falta de iglesia, que no se habia podido construir en tan poco tiempo, se les dejó una capilla con un altar consagrado, un sacerdote, un cáliz, los libros y otros

muebles necesarios; lo cual sostuvo la piedad de aquellos nuevos fieles, que llegaban á unos siete mil, y les hizo concebir mas y mas horror á sus antiguas supersticiones. Al dejarlos Oton pidióles algunos de sus hijos para hacerles estudiar, con el fin de que tuviesen, como las demas naciones, sacerdotes y clérigos de su lengua.

De Pirits pasó á Camin, donde halló á la duquesa de Pomerania, la cual, cristiana ya en el corazon, le recibió con mucho júbilo. Permaneció aquí seis semanas, bautizando tanta gente, que del trabajo tenia el alba humedecida de sudor no obstante de ayudarle en este ejercicio sus sacerdotes. Fué tambien á esta ciudad el duque Wratislao, y renunció en público las mugeres que tenia, que eran de veinticuatro sin contar con la duquesa su esposa; y el ejemplo del soberano contribuyó prodigiosamente á desacreditar la poligamia en la nacion.

No progresó tan rápidamente el Evangelio en Völlin, ciudad numerosa y de mucho comercio, situada en una isla á la embocadura del Oder. Los habitantes, naturalmente altaneros y feroces, acometieron furiosos al obispo y á su comitiva, sin respetar al duque que los habia alojado en su palacio. Fué allí general la consternacion entre los cristianos, y solo el santo pastor se regocijaba con la esperanza del martirio: libertóse sin embargo despues de haber caído en el lodo y recibido alguna ligera herida. Apaciguados por fin los ánimos, principiaron las conferencias, y los idolátras prometieron seguir el partido que tomase la ciudad de Stetin, capital entonces de toda la Pomerania.

Apresuróse el obispo á pasar á ella y personarse con los principales ciudadanos. Aquellos bárbaros para quienes el latrocinio era desconocido respondieron: «entre los cristianos hay ladrones á quienes se corta los pies y se arranca los ojos: allí se

ven toda clase de crímenes y de suplicios, y el cristiano detesta al cristiano. No queremos nosotros tal religion, y estamos contentos con la nuestra.» Dos meses persistieron en esta obstinacion, durante los cuales el celoso pastor utilizaba todos los medios mas á propósito para vencerla. Dieron por último esperanzas de que abrazarian el cristianismo siempre que el duque de Polonia les concediese una paz estable con disminucion de tributo. Entretanto el obispo y los sacerdotes tuvieron la libertad de anunciar el Evangelio, lo que hicieron regularmente dos veces en la semana, esto es, los dias de mercado en la plaza pública. Como predicaban revestidos con los ornamentos sacerdotales y la cruz en la mano, la novedad del espectáculo atrajo mucha gente, en especial del campo. Ganó luego San Oton dos jóvenes de una de las principales familias de la ciudad: ellos convencieron á sus madres y demas parientes, y despues á un gran número de estraños cuyas preocupaciones desvanecieron con la pintura de la vida prodigiosa del Santo á quien observaban tan de cerca y con tanto cuidado. «Él emplea el dinero, decian, en dar libertad á los cautivos; abraza con ternura á los que están en prisiones, los alimenta como hijos suyos, los viste y les da con que volver al seno de sus parientes. Juzgaríamosle un Dios si no protestase que no es mas que el siervo de Dios Todopoderoso que le envia para hacernos del todo felices.»

Hallábase en tan venturoso estado la predicacion del Evangelio, cuando regresaron los diputados de Polonia. Habia concedido el duque generosamente cuanto se le pedia; y despues de la lectura de sus cartas los ciudadanos por deliberacion pública determinaron abrazar la Religion cristiana, hizoles consentir el obispo tambien en la destruccion de sus ídolos; pero como un terror pánico les impedia derribarlos por

sus propias manos, corrió él mismo seguido de sus sacerdotes, quienes principiaron á ejecutarlo en su presencia. Cuando el pueblo vió que no les acontecia ningun daño, no le quedó mas que el desprecio hácia aquellas divinidades que no podian defenderse; y este desprecio se extendió por todos, con tanto ardor, que arruinaron hasta el último asilo de la supersticion. El templo principal de los ídolos contenia grandes riquezas que ofrecieron al obispo y á sus sacerdotes; pero él dijo: «no quiera Dios que nosotros nos enriquezcamos con vuestros bienes! Tenemos bastantes en nuestras tierras, y así conservad todo eso para vuestro uso.» Recibió solo la cabeza de un ídolo que envió al Papa como un trofeo de la victoria ganada al infierno (1). Despues de tan felices sucesos creyó deber permanecer aun tres meses en Stetin para instruir aquellos nuevos fieles y consolidar fuertemente aquella nascente iglesia.

Entretanto los habitantes de Völlin habian enviado secretamente emisarios que observasen lo que pasaba en una ciudad que habian elegido por modelo, y se cercioraron de que no habia miras de interés ni impostura alguna en la conducta de aquellos extranjeros; que su doctrina era igualmente irreprochable, y que habia sido recibida con unánime consentimiento en Stetin. Sabido esto, desearon en Völlin el regreso de Otón como de un bienhechor generoso, á quien luego que estuvo allí todo el mundo se apresuraba á hacer olvidar las ingrátitudes con que habian pagado las primeras pruebas de su benevolencia. Apenas bastaron dos meses de un escesivo trabajo para bautizar á todos los que se presentaban. Como Völlin estaba en el centro de la provincia, los duques de Polonia y de Pomerania eligieron aquella ciudad para establecer

(1) S. Otton. Vit. c. 28.

en ella la Silla episcopal. Los pueblos hicieron todos sus esfuerzos para que se quedase allí Otón, prometiéndole una docilidad perfecta en caminar bajo su direccion por los caminos de la salvacion, causa muy capaz de hacer sensacion en el pecho de un Santo, y que le hizo consentir efectivamente en dejar el esplendor y todas las ventajas de su primera Silla. Mas su clero, atacándole por el punto de la sensibilidad y de la virtud, le hizo mudar de resolucion. Regresando, pues, á su iglesia por la Polonia despues de haber anunciado las verdades del Evangelio en Colberg, Belgart y en otras muchas ciudades paganas, el duque Boleslao nombró, siguiendo sus consejos, para obispo de Pomerania á Alberto, uno de los tres capellanes que habia enviado á la mision de aquella provincia. En menos de un año produjo San Otón todos estos frutos de salud, y se halló por la Pascua en Bamberg como habia prometido á su salida.

Cuatro años despues emprendió segundo viaje á Pomerania, pero por diferente via (1). Quiso al paso sembrar la semilla del Evangelio por el pais de los lútecianos, que ocupaban una parte de Meklemburgo y de Brandeburgo; y cuando habia ya convertido allí á muchos, y aun demolido algunos templos de ídolos y consagrado iglesias, supo que Stetin habia reincido y vuelto á la idolatría, y tomó al punto la resolucion de ir allá; mas los eclesiásticos de su comitiva, menos animosos que él, emplearon todos sus esfuerzos en hacerle cambiar de resolucion. Cansado de oír tales reconvencciones, y mucho mas de los disfraces de su pusilanimidad, les dijo: «Veo bien que hemos venido á buscar los placeres, no la cruz. ¡Que no pueda yo conducir conmigo al martirio! No pretendo sin embargo coartar á ninguno; mas si os negais á participar de

(1) S. Otton. Vit. lib. 3.

mi corona, al menos no pretendais quitármela; dejadme la libertad que yo os concedo.» Habiendo pronunciado estas pocas palabras, se encerró solo y estuvo orando hasta la noche; dijo despues á uno de sus fámulos que cerrase todas las puertas, y que no las abriese á ninguno sin orden suya. Púsose entonces los vestidos de viaje, colocó sus ornamentos, su cáliz y demas utensilios del altar en un saco que cargó sobre sus espaldas, y solo, aprovechándose de las tinieblas, emprendió el camino de Stetin y caminó con alegría lo restante de la noche. Levantándose sus clérigos á mañitines y buscándole por largo tiempo inútilmente, se llenaron de una cruel zozobra; partieron al punto unos á pié, otros á caballo; estendiéronse á lo lejos por el campo, y le hallaron por último al vislumbrar el dia cuando iba á darse á la vela en un barco. Precipitáronse del caballo al verle, arrojáronse á sus pies bañándolos con sus lágrimas: él llorando tambien se postró á sus plantas, rogádoles que no le estorbasen seguir su resolucion y que regresasen al sitio de donde habian salido; pero ellos le contestaron que nunca le dejarían, y que irían en seguimiento suyo por el universo entero, bien fuese á vivir, bien fuese á morir.

En efecto, todos juntos se fueron á Stetin y se alojaron en una iglesia que estaba á la entrada de la ciudad. Los ciudadanos estaban divididos entre sí; pues unos habian conservado la fé y otros en mucho mayor número habian vuelto al paganismo. La mayor parte de estos pareció inquieta y muy aturdida con la llegada del santo obispo; pero los sacrificadores de los ídolos, transportados de furor, cercaron la iglesia con tropel de gente armada, gritando como rabiosos que era necesario echarla á bajo y pasar á cuchillo á cuantos estaban dentro. El Santo, que deseaba con ardor el martirio, se revis-

tió con sus hábitos pontificales, y tomando en lugar de armas la cruz y las reliquias, se puso á cantar salmos con sus capellanes. Los bárbaros al ver esto quedaron desarmados, y no pudieron dejar de admirar aquellos hombres extraordinarios que en el artículo de su muerte no se defendian sino con cánticos y bendiciones: los mas discretos de ellos llamando á parte á sus sacerdotes, les hicieron presente que el modo mejor de defender su religion era el de la razon y no el de la fuerza, con lo que el motin calmó insensiblemente y la gente se separó (1130).

Llegado el domingo, el santo obispo, despues de haber celebrado el santo sacrificio, salió revestido todavia con los sagrados ornamentos yendo la cruz delante de él, y llegando á la plaza pública subió á una tribuna desde donde se acostumbraba á arreglar al pueblo. Así que empezó á hablar, y á dar pruebas la mayor parte de la gente de que le escuchaba con gusto, un sacrificador atravesó por todo el concurso, y con voces desentonadas llenó de injurias al predicador y animó al pueblo á sacrificar aquel enemigo de sus dioses (1). Todos tenian dardos en la mano, y muchos se pusieron en actitud de lanzarlos; pero se quedaron inmóviles, sin poder ni usar de sus armas, ni bajar sus manos, ni aun moverse del lugar en que estaban. Este fué un triunfo muy agradable para los fieles, y de él tomó el Santo ocasion para exaltar el poder infinito del verdadero Dios. Los discretos y los ancianos de la ciudad se juntaron inmediatamente en el lugar del consejo, en donde permanecieron hasta media noche, y resolvieron por fin estirpar enteramente la idolatría y adherirse para siempre á la Religion cristiana. Desde el dia siguiente, el obispo reconcilió á los apóstatas con la imposicion de las manos, bautizó á las personas que

(1) S. Otton, Vit. c. 16.

no lo estaban todavía, y confirmó su fé con muchos milagros. En poco tiempo aquella iglesia de la capital se halló en estado de servir de modelo á toda la provincia, la cual miró como un deber conformarse con ella. San Oton, despues de haber dado así la última mano á esta conquista apostólica, vivió todavía siete ú ocho años en su iglesia de Bamberg, donde no dejó de presentar en sus obras la fé viva, el celo laborioso, la caridad, el espíritu de abnegacion y todas las virtudes de un Apóstol.

Otras muchas iglesias tenían también á su frente preladados de una eminente virtud. En el año de 1125 fué trasladado el bienaventurado Hildeberto del obispado de Mans á la Silla metropolitana de Tours, como á un campo mas apto para desplegar toda la estension de su mérito y talentos (1); pero él no aceptó este mayor honor sino con extrema repugnancia, aunque en Mans tuvo que sufrir toda clase de contradicciones por la rivalidad de los principes que se disputaban aquella ciudad. En Tours vivió como en su primera Silla, ocupado sin interrupcion en reformar y santificar su clero, instruir á su pueblo, socorrer á los indigentes, y reparar y adornar las iglesias. Él en particular llevaba una vida muy austera, ayunaba frecuentemente, hacia servir su mesa con una simplicidad ejemplar, llevaba puesto el cilicio, dormía en el duro suelo, y pasaba la mayor parte de la noche en la meditacion de los libros santos y en la oracion. Tuvo además gran cuidado de celebrar sinodos y de visitar su provincia.

Conon, conde de Bretaña, le convidó á pasar á sus Estados á reformar algunos abusos, y con este motivo se tuvo en Nantes un Concilio, que nos dá una prueba clara del socorro que el derecho natural puede sacar de la fé cristiana para la observancia

(1) *Vit. in gest. episc. caenom.*

de sus mas evidentes principios (1). Se habian introducido en Bretaña dos costumbres inhumanas: por la primera, á la muerte de un marido ó de una muger, todos los muebles del difunto pertenecian al señor; y por la segunda, cuando un navío tenia la desgracia de naufragar, lejos de alargar la mano para socorrer á los infelices que la tempestad habia perdonado, los restos de sus bienes eran confiscados en provecho del príncipe. El conde que asistia al Concilio renunció generosamente este derecho bárbaro, é hizo pronunciar el anatema contra todos los que ejercian el otro (1127). Hildeberto envió estos decretos al Papa Honorio que los confirmó. Gobernó ocho ó nueve años el arzobispado de Tours, y adquirió por sus escritos una justa celebridad.

Nos han quedado de él cartas, sermones, las vidas de Santa Radegunda y de San Hugo de Cluny, gran número de poesías, y algunos tratados de Religion, entre los cuales el mas considerable forma un cuerpo abreviado de teología, que fué el modelo de los que despues acreditaron admirablemente la forma escolástica. En él se halla una pureza y una exactitud rara para aquel tiempo, con un sábio discernimiento en la eleccion de las pruebas. En general, se observa en las obras de Hildeberto un juicio sano, y una verdadera fuerza de espíritu contra las preocupaciones de su siglo, y particularmente contra los abusos de las largas peregrinaciones y de las interminables apelaciones al Papa (2). Aunque habia sido discípulo de Berengario, estuvo siempre muy distante de los errores de su maestro; y dice espresamente que despues de la consagracion del Cuerpo de nuestro Señor, la sustancia de pan no queda en la Eucaristia. Se sirve en esta materia de la palabra

(1) *Tom. 10 Concilior. pag. 918.*

(2) *Lib. 1. Epist. 13, et lib. 2, epist. 41.*

*transubstanciacion* (1), y es el primer autor en cuyos escritos se halla usada.

Hacia el tiempo en que el bienaventurado Hildeberto pasó á la Silla de Tours, San Norberto fué á pedir al Papa la confirmacion de su instituto que habia sido aprobado por los legados Gregorio y Pedro de Leon. Se le recibió en Roma con mucho honor, y obtuvo sin trabajo lo que deseaba, como resulta de la bula de Honorio de 16 de febrero de 1126, en que se reserva sin embargo la jurisdiccion á los obispos. De vuelta á Francia, á ruego del conde de Champagne, á quien el mismo Norberto habia exhortado á santificarse en el siglo, y que queria recibir una esposa de su mano, pasó á Alemania á acelerar este matrimonio ya convenido con la virtuosa Matilde princesa de Carintia.

Norberto llegó á Spira en ocasion de tener el emperador Lotario allí una dieta en que se hallaban diputados del clero y del pueblo de Magdeburgo para elegir un arzobispo (2). Así que se supo la llegada de una persona tan famosa y tan celebrada particularmente por su santa elocuencia, se le convidó á predicar un sermón que llenó todas las esperanzas del auditorio. Habia en él con una multitud de señores un cardenal legado llamado Gerardo, que despues fué Papa bajo el nombre de Lucio III, y por su consejo los diputados propusieron para la Silla vacante tres sugetos recomendables, en cuyo número se hallaba Norberto, que ni aun lo imaginaba. Estándose deliberando entre los tres, Alberon, primicerio de la iglesia de Metz, y despues arzobispo de Tréveris, hizo seña á los diputados, mostrando con el dedo á San Norberto. Inmediatamente se apoderaron de él clamando en altas voces: «este es nuestro pastor y nues-

(1) *Serm. 93, pag. 689.*

(2) *Vit. ap. Bolland. cap. 13.*

tro padre;» y llevándole sin darle tiempo á pensar, le presentaron á Lotario, que aplaudió esta eleccion con todos los asistentes. El legado la confirmó, y al momento fué conducido Norberto á Magdeburgo, donde esta noticia causó indecible júbilo (1126).

Desde lo mas lejos que pudo ver la ciudad, caminó con los pies descalzos, y siguió así á la procesion que salió á recibirle y conducirlo á la iglesia, y despues al palacio arzobispal. Estaba tan pobremente vestido, que el portero le negó la entrada y le apartó con aspereza, diciéndole: «vete á colocar entre los demas pobres, y no vengas á incomodar á estos señores.» Todo el mundo al ver esto empezó á dar voces al portero, diciéndole que era el arzobispo; de suerte, que de confuso no sabia dónde ocultarse; pero Norberto le detuvo, diciéndole con agrado y con rostro risueño: «no temas nada, amigo mio; tú me conoces mejor que los que me obligan á ocupar un palacio en que haré precisamente muy mal papel.» Gobernó ocho años la diócesis de Magdeburgo con un celo que consiguió grandes frutos, aunque le suscitó enemigos, cuyo furor llegó hasta quererle dar de puñaladas; pero su caridad, su dulzura admirable y su perseverancia triunfaron de todos los obstáculos. A pesar de esta promocion al episcopado, muchos de sus religiosos no querian otro superior que él, y se mantuvieron tan firmes en esto, que el orden se vió próximo á una funesta division; pero él mandó llamar á los mas principales y los obligó á que eligiesen un abad general, que fué Hugo, su primer discípulo.

Hubo también entonces en Cluny una division mucho mas vituperable, porque hizo suceder sin intervalo á la edificacion pública todos los escandalosos excesos del cisma. Hacia ya tres años que el abad Ponce, que se habia hecho insoportable á sus